

Patricia Llamas Domínguez

Mi primer día de clase

Pese a que hayan transcurrido 18 años recuerdo el primer día que asistí a mi primera clase de preescolar con todo lujo de detalles. En realidad miento, aquel no fue mi primer día de colegio: mi madre pensaba que yo empezaba el colegio el mismo día que mi hermana mayor así que me preparo la maleta con mis lápices de colores favoritos y me puso guapa. Cuando llegamos se dio cuenta de que las clases de mi hermana empezaban unos días antes que las mías. Al darme cuenta de la equivocación de mi madre y debido a mis ansias me puse a llorar cual niña pequeña, a fin de cuentas eso era lo que era, una niña pequeña que deseaba ser grande como su hermana.

Estaba ansiosa de saber, de conocer, de aprender...seguramente las mismas; miento si no corrijo esto, seguro que muchas menos que las que tienen hoy en día cada persona de esas cinco que no pueden leer esto. Todas aquellas a las que, por el simple hecho de haber nacido en un sitio distinto al nuestro o tener cualidades distintas a las nuestras, tienen negado, incluso abolido, el derecho a la educación, ese elemento tan fundamental para el desarrollo en el que nos convertimos en personas completas.

Por aquel entonces era pequeña y no me daba cuenta de la oportunidad que se me estaba brindando al entrar en un colegio en el que sin duda empezaría un sinfín de aventuras.

Con el transcurso del tiempo esas impetuosas ganas del primer día se fueron convirtiendo en la desgana y desidia típica de la adolescencia. No le veía el fruto a toda esa rutina de las clases, estudios bancarios, citando al maestro Pablo Freire, y las incesantes evaluaciones. Así día tras día, curso tras curso hasta que empecé la universidad y con ella vino el cambio radical, se abrió ante mi un mundo de posibilidades desconocido anteriormente. Entre otras cosas allí estaba mi futuro profesional.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

Todos esos momentos, los buenos del inicio o los que son un poco más pesados a mitad de camino o incluso los que deseamos que lleguen el final del camino son los que completan nuestra vida, los que luego recordaremos durante muchos años y los cuales añoraremos cuando ya no podamos vivirlos, pues son estos momentos los que se pierden miles de niños en el mundo. Esos instantes de nervios, de bromas, de sonrisas son los que rellenan nuestra vida y los que nos hacen crecer como personas. Ese es el desarrollo que de una forma u otra se le está negando indirectamente a uno de cada cinco niños del mundo.

Todos tenemos anécdotas que contar de nuestra niñez pero, ¿y ellos? ¿qué contarán ellos sobre su infancia? De hecho, ¿podríamos llamarlo infancia?

**La
Gran
Lectura**

